

LA RECONCILIACIÓN EN LOS EVANGELIOS

Prof. Rafael Aguirre

Aula de Teología
5 de Noviembre de 2019

(Transcripción de la conferencia grabada)

Buenas tardes. He venido ya muchas veces y me asombra vuestra paciencia y que vengáis en un día como hoy, con un tiempo realmente tan adverso... Saludo a todos los presentes y también a los que vayan a escuchar la conferencia a través de la TV. En la página web hay también un elenco extraordinario, numeroso, de conferencias que se han impartido en este Aula. Dicho esto, y manifestado mi agradecimiento y mi satisfacción por estar con tanta gente a la que aprecio, voy a comenzar del tema de hoy.

1. ACTUALIDAD SOCIAL DEL TEMA DE LA RECONCILIACIÓN

Es un tema que se ha convertido en un tema de máxima actualidad en lugares muy diferentes. En El Salvador donde, el día 16 de noviembre va a hacer 30 años del asesinato de los jesuitas y que, precisamente desencadenó el proceso de reconciliación, al menos el proceso de la paz y el paso al fin de la guerra. También este tema está de mucha actualidad en Guatemala, en Sudáfrica, en Irlanda y en muchos otros lugares. Incluso la transición democrática en España se ha entendido también como un proceso de reconciliación. Ahora, en el País Vasco, tras la desaparición de ETA, algunos hablan de reconciliación.

Las cosas que he mencionado son muy diferentes unas de otras. Los traumas que hay que superar son muy distintos. No es lo mismo una guerra civil prolongada que la actuación de una banda terrorista. Las posibilidades que ofrece un marco político son muy diferentes a las de otro. También se va adquiriendo mayor conciencia de lo que implica una verdadera reconciliación y, creo que se va siendo cada vez más exigente.

Acontecimientos recientes nos hacen ver que hay que tener en cuenta estos factores para acercarnos con delicadeza, con acierto, adecuadamente, incluso a las mismas situación española; vemos que, después de tantos años, rápidamente se vuelve a encender la chispa y los conflictos.

Voy a comenzar con una precisión conceptual. Vamos a hablar de "reconciliación", lo cual supone restaurar, recomponer una situación social, unas relaciones sociales que existían y que se han roto. Reconciliar implica recuperar un estado previo, positivo, traumáticamente quebrantado. La reconciliación puede ser entre personas o entre grupos sociales; es un proceso de superación de rupturas, distanciamientos, agravios, heridas. La reconciliación es una tarea normalmente difícil, pero enormemente positiva.

Antes de entrar en el tema conviene decir que, como todas las palabras más nobles, empezando por la misma palabra Dios, la reconciliación también se puede distorsionar y pervertir. La reconciliación no es un mal apañó, no elimina la justicia sino que la presupone, junto con otras actitudes de las que hablaremos. No se puede hablar de reconciliación social cuando de lo que se trata es de curar las heridas infligidas por unos delincuentes en la sociedad. Por ejemplo, pienso que en Italia no se puede hablar de reconciliación con la Mafia, por muchas ramificaciones que ésta tenga, sino de acabar con esta delincuencia y curar los miedos y malos hábitos que ha difundido. En mi opinión, y es probable que escuchen otras voces discordantes, no se debe hablar de reconciliación social cuando lo que hubo fue una agresión contra un sector social por un escuadrismo terrorista. Causaron mucho dolor y envilecieron a una sociedad cobarde; han sido derrotados. Tras su

desaparición existe una convivencia normalizada con distintas opciones políticas, lo cual es, democráticamente, totalmente normal. Afirmar –a eso voy- que la sociedad vasca necesita un especial proceso de reconciliación social es, en mi opinión, una concesión inadecuada a los eslóganes políticos de los terroristas desmentidos por los hechos. Lo que sí está pendiente son reconciliaciones interpersonales, reconocimiento a las víctimas y la reconversión moral e ideológica de sectores fanáticos.

La palabra reconciliación es usada por San Pablo, y es una de las formas favoritas que tiene para expresar la salvación de Dios en Cristo. Como oiréis reiteradamente a lo largo de esta charla, la reconciliación tiene tres dimensiones: la reconciliación con Dios, entre los seres humanos y con la misma naturaleza. Esta dimensión ecológica de la reconciliación, que tiene una gran actualidad en nuestros días, responde a una sensibilidad creciente; ha estado presente en el Sínodo de la Amazonía, y también lo está en el papa Francisco y concretamente en su encíclica *Laudato sí*.

- *El planteamiento en el cristianismo de los orígenes*

Al hablar de la reconciliación nos encontramos con un tema clave de los estudios bíblicos y concretamente en el de los orígenes del cristianismo, que es el de la relación de Jesús y Pablo. Pablo es el que habla de la reconciliación y abre toda una perspectiva sobre ella, pero Jesús no usa esta palabra. Como sabemos, algunos dicen que Pablo se distancia de Jesús y hasta propugna que él fue el fundador del cristianismo. Otros pensamos que lo que hace Pablo es desarrollar el movimiento inicial de Jesús y aclimatarlo, con creatividad y con mucha libertad, a un contexto cultural –Asia Menor y Grecia- muy diferente al de Galilea, donde Jesús había comenzado.

2. JESÚS, HIJO DE DIOS Y NUEVO ADÁN, INICIO DE LA RECONCILIACIÓN UNIVERSAL

- *Estudio de Marcos 1, 1-15*

El evangelio de Marcos, el más antiguo, comienza con una presentación de Jesús de enorme solemnidad y riqueza teológica. Son 15 versículos y, antes de empezar el relato propiamente dicho, el autor se dirige al lector para que, ya desde el principio, sepa quién es Jesús y cuál va a ser su misión: Jesús viene a restaurar el orden primitivo querido por Dios. Empieza hablando de Juan Bautista, que bautiza para el perdón de los pecados. Jesús da un paso más: por la fuerza del Espíritu reconcilia al ser humano con Dios y con la creación entera.

El texto de Marcos supone el telón de fondo de la fe judía. Dios es el creador de todo y, como reitera el capítulo primero del Génesis, *vio que todo era bueno*. Sin embargo, pronto irrumpió el pecado y se rompieron las relaciones armoniosas del ser humano con Dios, con los otros seres humanos con los animales del campo y con la naturaleza misma. El pecado se extiende por Adán y Eva, con Caín, con Lamec, y llega un momento, capítulo 6 del Génesis que dice: *viendo Yahvé la maldad que crecía en la tierra, le pesó haber hecho al hombre en la tierra y se indignó en su corazón*. Viene entonces el diluvio que, sin embargo, no va a ser una aniquilación total sino una especie de “re-empezar” de nuevo. El texto dice bellamente que el arco iris será la señal de la alianza que Dios hace, ante todo con el ser humano, pero también con los animales que vuelven a repoblar la tierra, y con la naturaleza misma. Pero la vida ya no se desarrolla en el paraíso del Edén, sino en una tierra de fidelidad y de pecado, de incertidumbre y de esperanza.

Según lo anunciado por el profeta, Juan Bautista aparece en el desierto proclamando un bautismo de conversión para el perdón de los pecados y mucha gente acude a él.

Anuncia a uno más fuerte que bautizará, no con agua sino con el Espíritu. Se trata de Jesús, que es bautizado y en cuanto salió del agua vio que los cielos se rasgaban y que el Espíritu entraba en él. En Mateo y Lucas dice que “el Espíritu se posó sobre él”; en Marcos dice que “el Espíritu entró en él” (Mc 1, 10), y es proclamado por el Padre *su hijo amado en el que se complace*. En el libro del Génesis, capítulo 1,2, se dice que *el Espíritu de Dios creador, como una paloma, aleteaba sobre las aguas*. En el bautismo, el Espíritu de Dios, como una paloma, desciende sobre Jesús y entra en Jesús. Es el inicio de una nueva creación; Jesús es presentado como el nuevo Adán. Inmediatamente –dice Marcos- *el Espíritu le empuja al desierto, donde permaneció durante cuarenta días, siendo tentado por Satanás. Estaba con los animales del campo y los ángeles le servían*.

El número 40 tiene un profundo sentido simbólico. En la tradición judía, Adán después de la creación debió esperar 40 días antes de entrar en el Paraíso; el diluvio duró 40 días; el pueblo peregrinó 40 años por el desierto. Jesús estuvo también 40 días en el desierto. Después, Jesús, ya lleno del Espíritu Santo, vence al espíritu impuro -a Satanás que le tienta- y convive pacíficamente con los animales del campo. Es el cumplimiento de las esperanzas judías según las cuales, en el tiempo mesiánico, debían restaurarse las relaciones armónicas en la creación. El tema aparece reiteradamente en los profetas. El texto de Isaías 11 dice: *Saldrá un vástago del tronco de Jesé, reposará sobre él el espíritu de Yahvé. Justicia será el ceñidor de su cintura, verdad el cinturón de sus labios. Serán vecinos el lobo y el cordero, y el leopardo se echará con el cabrito. El león y el cachorro pacerán juntos, y un niño pequeño los conducirá*. Podríamos citar varios textos de otros profetas, pero voy a mencionar un texto apócrifo del Testamento de Neftalí, que dice así: *Hijos míos, si hacéis el bien, los ángeles y los hombres os bendecirán. El demonio huirá de vosotros, las fieras os temerán y los ángeles cuidarán de vosotros*.

Jesús, lleno del Espíritu de Dios, en la tentación de Satanás se muestra fiel hijo de Dios y, como el nuevo Adán, inaugura el estado paradisiaco. Prefigura unas relaciones reconciliadas del ser humano con Dios y con toda la realidad. Es el inicio de la era mesiánico-escatológica. Por eso, inmediatamente, va a Galilea y anuncia la llegada del Reino de Dios: *el tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está llegando*. La causa de la vida de Jesús es proclamar, con palabras y obras, la reconciliación que Dios, en su amor, ofrece a los seres humanos, y que repercute en las relaciones entre ellos mismos. Pero, como he dicho antes, la reconciliación no es un apaño superficial; requiere sanar, curar profundamente; requiere una conversión radical que choca con enormes resistencias, por enemistades, por intereses, con prejuicios. Sabemos que la historia de Jesús fue enormemente conflictiva y que terminó en la cruz.

Pero quiero referirme a San Pablo, ‘el gran teórico’ –digámoslo así- de la reconciliación en el cristianismo de los orígenes. Afirma que, para realizar la reconciliación, Cristo resucitado tuvo que poner a todos sus enemigos bajo sus pies. En el capítulo 15 de 1ª Corintios dice: *Tiene que destruir todo principado, dominación y potestad*. Está aludiendo a toda una serie de espíritus, normalmente maléficos, que asediaban la vida de los humanos.

Pongámoslo en relación con Jesús. En los evangelios, Jesús aparece reiteradas veces expulsando espíritus impuros, y ésta es la señal de la llegada del Reino de Dios: *Si yo expulso a los espíritus impuros por el espíritu de Dios, es que el Reino de Dios ha llegado a vosotros* (Mt 12, 28). No podemos entrar a fondo en esta cuestión que culturalmente nos resulta lejana: ¿qué eran los espíritus impuros para aquellas gentes? Pero sí podemos decir que la reconciliación del ser humano con Dios implica liberarse de tantos espíritus inmundos que lo asedian para alienarle. Esto es muy real y muy actual. Espíritus impuros son: la

insensibilidad ante las necesidades del prójimo, los prejuicios ante los diferentes, el afán de dinero, el egoísmo, los nacionalismos excluyentes, la ceguera ante lo espiritual... La expulsión de estos espíritus impuros nos reconcilia con Dios y también con el prójimo e incluso modifica nuestra relación con la naturaleza

3. JESÚS BUSCA A LOS SERES HUMANOS PARA QUE ACEPTEN LA RECONCILIACIÓN CON DIOS

Partamos de la frase lapidaria de Pablo en 2ª Corintios, capítulo 5: *Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo, no tomando en cuenta las trasgresiones de los hombres, sino poniendo en nuestros labios la palabra de reconciliación.*

▪ *La reconciliación, tematizada por Pablo, tiene sus raíces en el ministerio de Jesús*

Los enunciados paulinos sobre la reconciliación tienen su impulso inicial en el ministerio de Jesús de Nazaret. El ser humano busca a Dios. Las religiones son intentos muy nobles del ser humano que busca a Dios. Hay filósofos y teólogos que se esfuerzan por mostrar cómo el ser humano tiene un dinamismo intelectual y espiritual capaz de abrirse al misterio trascendente. Karl Rahner llega a definir al hombre como “el oyente de la palabra”, como quien tiene capacidad de acoger una palabra inesperada pero que, una vez aceptada, descubre que responde a los deseos y anhelos más profundos del ser humano. Una palabra trascendente e inesperada y, a la vez, radical y profundamente humanizadora.

El ser humano es *capax Dei*, capaz de Dios, pero lo realmente sorprendente, donde se juega lo más propio y gozosamente escandaloso de la fe cristiana, es que Dios es *capax hominis*, que Dios es amor desbordante y gratuito, de quien procede toda la creación, en cuyo centro está el ser humano. Este antropocentrismo, muy discutido hoy por algunos, considero que es clave en el pensamiento bíblico, en el relato de la creación y en los mismos evangelios. En la evolución de siglos y siglos de la vida, hay un momento en que aparece el ser humano. Por primera vez un ser, con unas antenas aún muy limitadas, pero que nos permiten, con grandes dificultades, captar la invitación del amor infinito que se desborda hasta desear hacernos participar de su misma vida. En Cristo, Dios nos reconcilió, porque ese diálogo que él inicia ha sido una y mil veces roto por nuestra limitación y por la cerrazón pecaminosa de las libertades humanas.

▪ *La reconciliación como iniciativa del amor desbordante de Dios.*

Jesús habla de un Dios que busca al ser humano, pero le busca porque se ha perdido, porque se ha extraviado, porque se ha ido insensatamente de la casa del Padre. No se trata simplemente de que Dios ofrezca su amor; la palabra reconciliación pone de manifiesto y subraya que es un amor pertinaz, irrevocable, que perdona, que busca, porque quiere restaurar la relación de amor que está en el origen de la creación. Estoy aludiendo a las parábolas con que Jesús responde en el capítulo 15 de Lucas, a quienes *murmuraban contra él porque acogía a pecadores y comía con ellos*. Dos parábolas, “La moneda perdida” y “La oveja perdida”, que tienen una estructura paralela: el pastor arriesga todo y no cesa en su búsqueda de la oveja perdida; la mujer barre y friega el suelo oscuro, de cantos de barro, para buscar una monedilla de cobre, hasta que la encuentra. En ambos casos sigue la inmensa alegría de la que se hace partícipe a amigos y vecinos porque se ha recuperado lo que se había perdido: *¡Alegraos conmigo porque he hallado la oveja o la moneda perdida!*

La parábola del hijo pródigo, que viene a continuación, es más compleja. El hijo decide irse de casa y el padre respeta su libertad, con tristeza por la ingratitud, porque es consciente de la insensatez del hijo el cual, efectivamente se pierde, descarrila su vida y al final se encuentra en una situación de total degradación. Recapacita y decide volver a casa

para ver si le admiten como jornalero. El padre respetó su libertad, pero no dejó de esperarle todos los días y, cuando le otea allá en el horizonte, corre, se echa a su cuello, le llena de besos y no le hace falta oír sus disculpas, sino que organiza una gran fiesta por el encuentro del hijo, por la reconciliación de las relaciones de amor entre el padre y el hijo, que éste había roto.

▪ *Jesús expresa con palabras y actitudes la oferta reconciliadora de Dios*

Jesús no rehúye, al contrario, busca el trato con pecadores y publicanos, la gente que en aquella sociedad estaba socialmente estigmatizada. De un judío fiel se esperaba el menor trato posible con quienes ejercían trabajos que se tenían por impuros, especialmente los recaudadores de impuestos. *¿Por qué come vuestro maestro con pecadores y publicanos? Ha ido a hospedarse a casa de un pecador... Si éste fuera profeta sabría quién y qué clase de mujer es la que le está tocando, porque es una pecadora... Es un comilón y borracho, come con publicanos y pecadores...* De este estilo son las acusaciones más importantes, pero hay otras sobre la actitud de Jesús en torno al sábado y en torno a las normas alimentarias.

Las parábolas a las que acabo de aludir son respuestas de Jesús a estas acusaciones. Otra vez lo dice de forma directa: *También éste es hijo de Abraham. El Hijo del Hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido... No he venido a llamar a justos sino a pecadores...* Jesús, con sus palabras y actuaciones busca que los seres humanos descubran y acepten el amor de Dios que está en el origen de la creación. Es decir, busca la reconciliación superando todos los obstáculos, ignorancias y prejuicios. El amor de Dios busca a todos los seres humanos sin excepción y, de una forma preferente, a los excluidos y marginados por el sistema social de su pueblo.

Esto le lleva a una consideración muy crítica y libre de las normas de pureza cuya función social era precisamente ordenar la vida social, marcar fronteras de Israel con los de afuera, lo cual implicaba controlar la vida de los miembros del propio pueblo; había días santos y días profanos, alimentos puros e impuros, espacios sagrados y profanos, personas sagradas y personas impuras... Jesús introduce desorden y escandaliza porque se salta las convenciones sociales. El Dios de la misericordia es reconciliador porque busca un orden alternativo que no excluya a nadie y por eso se salta las costuras rígidas del sistema estrecho de pureza.

La reconciliación de Jesús no es una mera restauración. Supone empezar algo nuevo. Ofrece una relación con Dios que el ser humano nunca podría alcanzar con sus propias fuerzas. Nos invita a renacer por la fuerza del Espíritu y a entrar así en un ámbito nuevo que él llama *el reinado de Dios*.

Hablando de reconciliación, Pablo dice: *El que está en Cristo es una nueva creación*. No es la restauración de la creación, sino una recreación con un horizonte mucho más amplio, manifestado en la resurrección de Cristo. Pablo explicita y reinterpreta el anuncio de Jesús sobre el Reino de Dios en la plenitud escatológica. El principio de la vida cristiana es la experiencia de descubrir este amor de Dios, acogerlo, agradecerlo y hacerlo fructificar en la propia vida.

Hay un texto que nos permite dar un paso más: La parábola que está al final del capítulo 18 del evangelio de Mateo, que nos habla de un rey que, por pura compasión, perdonó a un siervo una deuda absolutamente impagable: diez mil talentos. Al salir, el siervo se encontró con un compañero que le adeudaba una pequeña cantidad, cien denarios, y se muestra implacable, le agarra, le ahoga... para que le pague. Cuando el señor se enteró le llamó y le dijo: *Siervo malvado, yo te perdoné a ti toda la deuda porque me lo suplicaste. ¿No debías tú también compadecerte de tu compañero, del mismo modo que yo me compadecí de ti?*

Para Jesús, hay una experiencia fundante, el sentirnos amados por Dios, la llegada a nuestra vida del Reino de Dios, el descubrimiento de un tesoro insospechado; *Si conocieras el don de Dios...* que le dice Jesús a la samaritana, todo cambiaría. Se prolonga necesariamente en el amor a los hermanos.

Pablo lo dice con la terminología de la reconciliación y lo hace dos veces. En el capítulo 5 de la carta a los Corintios: *Nos reconcilió consigo por Cristo y nos confió el ministerio de la reconciliación* (5,18). Y, en el versículo siguiente: *y puso en nosotros la palabra de la reconciliación* (5,19). A quien experimenta la reconciliación de Dios, el amor desbordante de Dios, se le encomienda la palabra de la reconciliación, el ministerio de la reconciliación, la tarea de ser agente de reconciliación en el mundo. Pero lo primero obviamente es que el hombre acepte la reconciliación que Dios le ofrece: *“En nombre de Cristo os suplicamos: ¡reconciliaos con Dios!”* (2Cor 5, 20).

4. LA RECONCILIACIÓN ENTRE LOS SERES HUMANOS

▪ *Culto y reconciliación*

La palabra reconciliación aparece solamente una vez en los evangelios. En el capítulo 5 de Mateo dice: *Si al presentar tu ofrenda en el altar, te acuerdas entonces de que tu hermano tiene algo contra ti, deja tu ofrenda allí, delante del altar, y vete primero a reconciliarte con tu hermano.* Aquí la reconciliación se entiende como el agravio o disputa inter-personal. Jesús es muy tajante. No puede haber un culto a Dios si mantenemos rupturas o enemistades con los hermanos.

En los evangelios, la expulsión de los vendedores del Templo es un episodio muy rico teológicamente y, además, clave en el relato. Cuando le van a pedir cuentas... *¿Con qué poder haces estas cosas?* No podemos profundizar en todo el sentido teológico que tiene este episodio pero, en los evangelios es clarísimo que el culto al templo no es aceptable cuando sirve para legitimar relaciones injustas y desordenadas entre los seres humanos. Por eso Jesús dice: *Está escrito, mi casa será llamada casa de oración, pero vosotros estáis haciendo de ella una cueva de bandidos.*

▪ *Amor a Dios y al prójimo. El monoteísmo, intolerancia y libertad*

Amar a Dios es inseparable de amar al prójimo. Hay un momento en que un escriba le pregunta a Jesús: *¿Cuál es el mandamiento más importante?* Jesús le responde: *El Señor, Yahvé, es el único Señor y a El solo adorarás y lo amarás con todo tu corazón, con todas tus fuerzas, con todo tu ser. Y el segundo es: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. Y de esto depende toda la ley y los profetas.* (Mc 12)

La primera parte de la respuesta es una confesión radical del monoteísmo, de que *solo el Señor es Dios*; una descalificación de los ídolos. Diríase que, en nuestra sociedad secularizada las deidades han desaparecido y que esto ha perdido actualidad. Yo no lo creo así; la confrontación anti idolátrica es quizás más actual que nunca porque, si se me permite la expresión, ‘los ídolos hoy se visten de paisano’. Porque hay causas, ideologías, personajes, valores, cosas... el dinero por ejemplo, que se absolutizan y pugnan por ocupar en el corazón del hombre el lugar que solo a Dios corresponde. Son verdaderos ídolos excluyentes, impositivos, que fanatizan y exigen sacrificios humanos.

A veces, el monoteísmo cristiano ha sido fuente de intolerancia y de violencia pero, en la vida de Jesús, y en la vida de muchos seguidores suyos a lo largo de la historia, vemos que la fe en Dios es fuente de libertad.

El misterio del Ser Absoluto y del Amor Infinito relativiza todas las cosas humanas e inmediatamente afirma la dignidad de cada persona concreta; por eso dice *amarás a tu prójimo como a ti mismo*. Subraya la común humanidad que todos compartimos; lo que amortigua la violencia de los conflictos y facilita el camino de la reconciliación. En una sociedad con ideologías e intereses diferentes, a veces contrapuestos, surgen inevitablemente conflictos. Jesús los tuvo. Pero la fe en el Dios único, Padre de todos los hombres nos enseña a afrontarlos en la perspectiva de superarlos por síntesis integradoras, creyendo más en la búsqueda común que en la imposición de parte, sabiendo que, en última instancia, estamos llamados a la reconciliación. Esto, lejos de ser algo meramente teórico o abstracto, configura el talante con que vivimos las discordias y conflictos, lo que resulta decisivos para su desenlace. Los valores evangélicos influyen, más que en lo inmediatamente político, en el terreno previo de lo cultural, de lo moral, de lo pre-político, donde se incuban los grandes cambios sociales que, a la larga, acaban saliendo a la luz y tienen también una proyección política y práctica.

▪ *El amor a los enemigos. El perdón y su eficacia política*

La moral de Jesús está centrada en el amor al prójimo pero, hablando de la reconciliación, que supone conflictos y traumas, hay que hablar del amor a los enemigos, lo más específico de Jesús, que no tiene parangón en el judaísmo de su tiempo. Es la cumbre del sermón del monte, la última de las antítesis del capítulo 5: *habéis oído que se dijo amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo, pero yo os digo amad a vuestros enemigos, orar por los que os persiguen*, etc. Es lo más específico de los discípulos de Jesús: *Si no saludáis más que a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de particular? ¿No hacen eso también los gentiles?* Lo más importante es que el amor a los enemigos nos identifica con un Dios que es pura benevolencia, gratuito, sin discriminación alguna, *para que seáis hijos de vuestro Padre celestial que hace salir el sol sobre buenos y malos y hace llover sobre justos e injustos*. La imitación de Dios es el más elevado principio de la espiritualidad judía pero, para Jesús, se trata de imitar a un Dios que es misericordia, amor gratuito y perdón.

Estas palabras de Jesús sobre el amor a los enemigos, al final del capítulo 5 del evangelio de Mateo, nos remiten a otras que están al principio del capítulo, cuando dice: *Dichosos los constructores de la paz porque ellos serán llamados hijos de Dios*. Son las dos únicas veces que aparece en el sermón del monte la expresión "hijos de Dios". Los constructores de la paz son "hijos de Dios", los que aman a los enemigos son "hijos de Dios". En aquella cultura los hijos tenían que continuar haciendo el estilo de vida de los padres y Dios, como dice san Pablo, es un Dios de paz, de reconciliación. Son hijos de Dios quienes continúan la labor reconciliadora de Dios.

Vemos que el amor a los enemigos es un elemento clave de la estrategia cristiana de construir la paz. Pero el amor a los enemigos nos lleva necesariamente a hablar del perdón, que es su eximia expresión. Estamos, sin duda, en el corazón del evangelio de Jesús. Es un mandato de Jesús pero es más, es una actitud que nace de la entraña misma de la experiencia de Dios amor y perdonador. El mandato externo no es lo decisivo ni la fundamentación última, pues no viene sino a corroborar y avalar un movimiento que surge de la experiencia de Dios que tiene Jesús.

En el sermón del monte, el perdón, como el amor a los enemigos, no se refiere solo a los adversarios personales, sino también a los del propio grupo o pueblo. Es decir, se trata de algo que va más allá de las relaciones personales e intracomunitarias y que se convierte en una exigencia social y pública. En el cristianismo primitivo y en el evangelio de Mateo se

entendió como perdón a los perseguidores, tanto a los líderes de la Sinagoga como a los romanos. Los valores evangélicos tienen una vocación pública y debemos reivindicar la eficacia social del perdón para superar de verdad la violencia, y construir una convivencia humana reconciliada. Los valores evangélicos más radicales son propuestas humanizadoras, salvadoras; no quimeras de espaldas a la vida real de los humanos.

He comenzado mi exposición refiriéndome a la actualidad de la reconciliación en muchas sociedades que tienen que afrontar un pasado trágico y curar graves heridas. Pero en estas tesituras, las posibilidades y la energía del perdón se plantean inevitablemente. Supera el marco de esta exposición hablar de la repercusión legal que puede tener el perdón, de sus condiciones, de su relación con la justicia, temas complejos y de enorme actualidad. Pero sí quiero subrayar que, desde un punto de vista teológico, es expresión de amor gratuito y superación de la reciprocidad interesada. El perdón no es una simple reacción, es un acto creador porque pone en juego la libertad humana y despliega posibilidades nuevas. El perdón saca de la repetición de lo mismo y del instintivismo y abre perspectivas de mayor humanidad. El perdón no encierra a la persona del ofensor en su propio pasado, y tiene la generosidad de ofrecerle nuevas posibilidades. El perdón busca en última instancia el acercamiento de las personas y la reconciliación entre ellas, e implica una relación; el perdón se ofrece, de eso estamos hablando, pero el perdón hay que aceptarlo. Es difícil perdonar, pero quizá es más difícil aún aceptar el perdón, arrepentirse, reconocer la culpa. Jesús inculca ambos aspectos de la relación. El perdón no es olvido, pero sí sana la memoria. El perdón puede caer en vacío y no suscitar efectos sociales reconciliadores pero, aún en este caso, es sanante para quien tiene esta iniciativa porque libera del odio destructor y permite la recuperación psicológica.

El tema del perdón es un aspecto candente en estos momentos de la presencia pública de los valores específicamente cristianos. Ya he señalado que no entro en los complejos problemas de la traducción política del perdón. Únicamente señalar que el perdón en la vida pública exige el esclarecimiento de los hechos y la realización de la justicia; nada tiene que ver con la impunidad, que acaba alentando el delito.

Termino este punto señalando que, hablar del perdón a una víctima requiere siempre atender a las circunstancias, a los procesos psicológicos; exige delicadeza y empatía y, sobre todo, exige autoridad moral para hacerlo.

▪ *La misericordia como virtud política y disfuncional*

La misericordia está indisolublemente unida con lo anterior. He reiterado que Dios es amor infinito, misericordia entrañable, oferta irrevocable de reconciliación, a pesar de las limitaciones, desaires, pecados y cerrazones de los seres humanos.

La misericordia es, también en los evangelios, la fuerza de reconciliación entre los seres humanos. La misericordia es la forma primigenia e inmediata de toma de contacto con la realidad de quien se ve afectado y tantas veces indignado por el sufrimiento, por la situación del prójimo más vulnerable y no pasa de largo, sino que reacciona poniéndose en su lugar y ayudándole eficazmente. La misericordia bien entendida está muy lejos de ser una mera conmoción sentimental, quizá intensa, pero superficial y que pronto desaparece.

La misericordia es radicalmente crítica y disfuncional porque no se resigna al funcionamiento de un sistema social que estructuralmente, por exigencias de su propia dinámica, produce desechos humanos, descarta gente y excluye a enteros grupos sociales. La misericordia parte de la conciencia irrestricta de la dignidad de cada uno de los seres humanos, por el hecho de serlo. No acepta que se sacrifique a grupos sociales, a

generaciones, a continentes, a nadie, en beneficio de una minoría privilegiada, y esto es lo que acontece con el concepto moderno de progreso. Hegel nos advertía que si queremos que el progreso ilustrado, técnico y racional vaya para adelante, no podemos pararnos para ver qué pasa con las florecillas que van quedando aplastadas en el borde del camino.

A Jesús le mueve la misericordia, como dicen reiteradamente los evangelios. Recordad los textos: *Porque tiene misericordia toca al leproso y le sana, le limpia; cura a los ciegos, enseña a la gente; tiene misericordia del pobre y le da de comer. Es la misericordia lo que le lleva a indignarse cuando ve al pueblo extraviado y abatido por culpa de sus malos pastores.*

La misericordia es una virtud pública. Ella curaría -de cuyo asesinato se va a cumplir el 30 aniversario el próximo día 16- decía, con enorme audacia, que “la misericordia nos exige revertir la historia”. Ciertamente, la misericordia nos exige ver la historia desde el punto de vista y desde los intereses de las víctimas, de los más vulnerables. Es lo que Jesús enseña con la parábola del buen samaritano, que todos conocéis. Es una parábola repleta de sentido, de detalles, y no es posible explicarla ahora, quizás ni hace falta tampoco; pero el sacerdote y el levita se preguntan: ‘¿qué me puede pasar a mí, si me paro y me bajo para atender a aquel hombre que está caído?’ La pregunta del samaritano fue distinta: ‘¿qué le puede pasar a ese hombre que está caído, si yo no me paro para ayudarlo?’ Jesús dice que es discípulo suyo quien no pasa de largo ante las víctimas, ante los pobres.

▪ *Misericordia y justicia*

Para Carlos Marx, el proletariado es el sujeto de la historia por lo que tiene de fuerza, mientras que en el cristianismo, el pobre es el sujeto de la historia, por lo que tiene de débil. En el desarrollo, como en la evolución, rige ‘la ley del más fuerte’, prevalece la especie más fuerte y, dentro de cada especie, el individuo más fuerte. La misericordia pugna por sustituirla por la ‘ley del más débil’; el débil, la víctima, el vulnerable, ocupa el cuidado preferente. Es un proceso de reconciliación que no descuelga a nadie, porque la preocupación empieza por los de más abajo.

Esto implica una crítica muy radical a nuestro tipo de vida y de progreso. Walter Benjamin decía que “así se apunta, no a un cambio de política sino a un cambio de lógica histórica”. De poco valdrían los cambios de programas políticos si no cuestionamos la lógica de cómo se ha construido la historia. El nudo gordiano es la valoración política del sufrimiento y la presencia política de la misericordia. La reconciliación es una esperanza de futuro, pero que implica hacer memoria de las víctimas pasadas de la historia. El futuro tiende a ser la prolongación del presente que siempre obra de los vencedores. El futuro será realmente distinto, nuevo, solo si se plantea saldar los derechos pendientes por las víctimas del pasado. En el corazón de la esperanza cristiana late la justicia para las víctimas de la historia. En el centro de nuestra celebración litúrgica aclamamos la venida gloriosa del crucificado: *Anunciamos tu muerte ..Ven, Señor Jesús.*

Pablo habló de la reconciliación de Dios en Cristo en torno a los años 50. Los evangelios se escribieron más tarde para reivindicar la vida terrestre de Jesús y hacernos ver en ella que la reconciliación es un proceso muy profundo movido por la misericordia, y que encuentra grandes resistencias.

5. RECONCILIACIÓN CON LA NATURALEZA

Al comienzo de esta exposición he apuntado cómo el evangelio de Marcos presenta a Jesús como “el nuevo Adán”, en las escenas del bautismo y de las tentaciones en el desierto.

Lleno del Espíritu comienza la restauración de las relaciones queridas por Dios, del ser humano con Dios, con los demás seres humanos y con la creación entera.

Aparece el tema profético de la relación pacífica con las fieras del campo; el ser humano había sido puesto por Dios para guardar y conservar la tierra; pero lo que ha sucedido -lo vemos con creciente claridad y preocupación- es que el ser humano ha depredado la tierra. En los evangelios no se abordan expresamente estos problemas. Jesús vivió en una cultura de relaciones fundamentalmente armónicas con la naturaleza; en la aldea se trabajaba el campo, ciertamente con muchas dificultades, pero siguiendo el ritmo de la naturaleza; la pesca en el lago se atenía a los ciclos de reproducción y a la afluencia de pescado. Jesús descubre en la naturaleza la creación de Dios que es un Padre amoroso. Lo describe así el papa Francisco en la encíclica *Laudato sí: Jesús asume la fe bíblica en el Dios creador y destaca un dato fundamental: Dios es Padre. En los diálogos con sus discípulos, Jesús los invitaba a reconocer la relación paterna que Dios tiene con todas las criaturas, y les recordaba con una conmovedora ternura cómo cada una de ellas es importante a sus ojos: «¿No se venden cinco pajarillos por dos monedas? Pues bien, ninguno de ellos está olvidado ante Dios». «Mirad las aves del cielo, que no siembran ni cosechan, y no tienen graneros. Pero el Padre celestial las alimenta. El Señor podía invitar a otros a estar atentos a la belleza que hay en el mundo porque él mismo estaba en contacto permanente con la naturaleza y le prestaba una atención llena de cariño y de asombro (nº 96-97). Jesús no es un asceta que se retira del mundo; participa de las relaciones humanas. Se había iniciado en un oficio que le llevaba a trabajar la madera y a colaborar con otras gentes. Aunque suene un poco, o un mucho anacrónico creo que se podría decir que hoy Jesús no sería en absoluto anti tecnológico, pero tendría reparos radicales con un tipo de desarrollo que no tiene como punto de referencia el bien de los seres humanos, sobre todo el de los más pobres.*

▪ *Vinculación entre los diversos aspectos de la reconciliación.*

Este asunto ha sido abordado con extraordinaria lucidez y valentía por el papa Francisco en la encíclica mencionada, *Laudato sí*, y ha sido un tema central en el reciente Sínodo de la Amazonía. Hay un punto que es clave -creo además que muy acertado- que es la relación indisoluble entre el paradigma técnico-científico depredador de la naturaleza y unas relaciones humanas radicalmente injustas. Si se arrasan los recursos de la naturaleza sin escrúpulos, es porque se buscan las riquezas mineras, las ventajas agropecuarias, en definitiva, los beneficios económicos y, con ello, se produce la injusticia social. Por eso el Papa repite continuamente que “todo está relacionado”. Responde, desde luego, a la esencia del mensaje bíblico y, concretamente, al evangelio de Jesús. Jesús no mostró nunca admiración por las colosales obras que en su tiempo estaban construyendo los Herodes, y que aún ahora causan admiración de historiadores y turistas. Jesús veía debajo de aquellas gigantescas construcciones el sufrimiento de los esclavos y el expolio de los pobres galileos.

La reconciliación entre los seres humanos está indisolublemente unida a una relación respetuosa y reconciliada de la humanidad con la naturaleza, considerada y tratada como patrimonio de todos los humanos. También de las generaciones futuras, un patrimonio que no puede seguir siendo explotado egoístamente por una élite privilegiada en provecho propio, una élite en la que, muy probablemente, nosotros nos encontramos.

Muchas gracias